

Diversidad humana, “razas” y comportamiento económico: la posición de los economistas clásicos

José Antonio Batista Medina¹

Recibido: 09/04/2020 / Aceptado: 29/05/2020

Resumen. En este artículo analizaremos la cuestión de la diversidad humana y el comportamiento económico en el pensamiento de los economistas clásicos. Nos centraremos en la explicación de las diferencias en el comportamiento y los resultados económicos en el contexto del debate racial del siglo XIX. Nuestro objetivo específico será responder a dos cuestiones fundamentales: ¿sostienen los economistas clásicos la idea de la igualdad humana? ¿Hay racismo en sus análisis económicos?

Palabras clave: Pensamiento económico; economía clásica; diversidad humana; raza/racismo; comportamiento económico.

Clasificación JEL: B12, P51, Z13

[en] Human Diversity, “Races” and Economic Behaviour: the Position of Classical Economics

Abstract. In this paper we will discuss the question of the human diversity and economic behavior in the thought of classical economists. We will focus on the explanation of the differences in the economic behavior and outcomes in the context of 19th century racial debate. Our specific aim is to answer the following two key questions: Do classical economists support the idea of human equality? Is there racism in their economic analysis?

Keywords: Economic thought; classical economics; human diversity; racial debate; economic behavior.

JEL Classification: B12, P51, Z13

Sumario. 1. Introducción. 2. Marco teórico y objetivos. 3. Los «salvajes» y «bárbaros» como sujetos *económicos*. 4. La diversidad humana y el comportamiento económico de los *otros*: su explicación. 5. Conclusiones. 6. Referencias.

Cómo citar: Batista Medina, J. A. (2020). Diversidad humana, “razas” y comportamiento económico: la posición de los economistas clásicos, en *Iberian Journal of the History of Economic Thought* 7(2), 153-164.

1. Introducción

Toda teoría económica tiene como base una concepción, más o menos explicitada y desarrollada, de la «naturaleza humana». Al fin y al cabo, *lo económico* es humano, tiene que ver con los sujetos que en sociedad producen, intercambian y consumen bienes y servicios para su subsistencia y bienestar.

En este trabajo nos centraremos en la Economía de la etapa clásica, de la que analizaremos cómo se concebía a los sujetos económicos, pero a los *otros*, a los que no suelen aparecer en las historias económicas habituales ni tan siquiera en ensayos sobre esta cuestión. Una lectura de estos trabajos puede llevar a pensar que los clásicos se

referían, por lo general, a un agente económico universal o que sostenían una idea igualitaria de los humanos, lo que sería destacable dada la presencia creciente, según avanza el siglo XIX, de los planteamientos racistas.

Como objetivo central del presente artículo nos hemos planteado analizar hasta qué punto los economistas del periodo clásico mantienen esa visión igualitaria de los sujetos económicos, defendida en varios trabajos por Sandra Peart y David Levy, cuyas ideas serán nuestro hilo conductor teórico².

El artículo se organiza en torno a tres apartados principales. En el primero, expondremos el marco teórico y los objetivos. En el siguiente, describiremos los rasgos de los «salvajes» y «bárbaros» más directamente rela-

¹ Universidad de La Laguna, Departamento de Sociología y Antropología. C/Padre Herrera s/n. Apdo. 456. 38200 San Cristóbal de La Laguna. jbatistme@ull.es

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-6605-2968>

² Este artículo se basa en la lectura y estudio, durante unos dos años, de más de un centenar de trabajos de economistas clásicos, desde autores fundamentales hasta otros menos conocidos. A ello hay que añadir numerosos estudios de historia del pensamiento económico, tanto generales como otros que abordan la etapa clásica o cuestiones específicas relacionadas con el comportamiento económico. Obviamente, aquí se citan solo los utilizados en este trabajo. Deseo hacer constar mi agradecimiento a los revisores anónimos y a Patricia China, quienes han contribuido a que el resultado final haya mejorado.

cionados con la actividad económica que señalan los pensadores clásicos consultados. En el último apartado, antes de las conclusiones, abordaremos los factores que se destacan para explicar las diferencias observadas en el comportamiento económico entre unos grupos humanos y otros, prestando atención al papel de lo «racial» –biológico– en esos análisis, lo que nos permitirá responder a las cuestiones centrales de este trabajo: ¿sostienen los economistas clásicos la idea de la igualdad humana? ¿Hay racismo en sus análisis económicos?

2. Marco teórico y objetivos

La economía es una actividad humana. *Lo económico* tiene que ver con lo que deciden, eligen y hacen los humanos en diferentes sociedades y momentos históricos para satisfacer sus necesidades básicas y sus deseos. Por tal razón, la concepción de los sujetos económicos es un elemento esencial de toda teoría económica –microeconómica, especialmente– con independencia de que aparezca más o menos desarrollada o explicitada. Hablamos, en otros términos, de los fundamentos antropológicos –y psicológicos– de la economía.

Es cierto que la Economía Política Clásica no centra su interés en el análisis de las elecciones y acciones económicas, sino en el estudio de la producción, distribución y consumo de la «riqueza» nacional³. Se asociaría, siguiendo la actual división de la ciencia económica, a la macroeconomía. El enfoque de los clásicos es principalmente macroeconómico o, en otros términos, sistémico (ver también Kurz 2019, 20; Léons y Rothstein 1979, xv-xvii). Sin embargo, detrás de hechos, fenómenos y procesos generales como la producción de «riqueza», los balances comerciales, los salarios o el desarrollo económico, hay decisiones y comportamientos de individuos –reales– en contextos sociales determinados. Ello significa que la comprensión de tal objeto de estudio –en este caso, el propio de la Economía Política Clásica– requiere tener en cuenta los componentes y rasgos básicos de la toma de decisiones y del comportamiento económico de los humanos. Ha de partirse de la comprensión de la «naturaleza humana», por usar una expresión habitual en la época que nos ocupa.

En mayor o menor medida, los economistas clásicos muestran una visión de los sujetos económicos que se aleja de las concepciones más abstractas tan habitua-

les con posterioridad –el *homo economicus* de la teoría neoclásica– y se refieren a personas más o menos reales decidiendo y actuando en los sistemas económicos –aunque ciertamente se ocupan más de hombres que de mujeres⁴–. Pese a que con el avance del periodo clásico se producen transformaciones teórico-metodológicas en las que se «estrechan» los sujetos económicos (p.e. Mill 1844), lo corriente es que los pensadores económicos de esta etapa nos hablen de «sujetos totales», de «personas completas» (Morgan 1996, 1); en otros términos, de sujetos reales complejos con aspectos racionales y emocionales –«pasiones»–, influenciados por elementos de su entorno social –seres sociales y culturales–, con diferencias, a veces notables, de unos a otros. Los actores económicos de los clásicos son el agricultor, el terrateniente, el mercader, el capitalista... No un individuo abstracto, descarnado, puramente racional y calculador, representado por el *homo economicus* más puro. Además, se consideran integrados en grupos o clases, no de manera individual (Kurz 2013, 19; 2019, 19, 24).

Otro rasgo notable de los trabajos de los economistas clásicos es la inclusión de sociedades no occidentales en sus análisis. Son corrientes las referencias –más o menos extensas según los autores– a los «salvajes» del Nuevo Mundo, África, Oceanía; a los «bárbaros» orientales, etc., siempre como contraste con la economía y la sociedad civilizadas y sus individuos y grupos.

Obviamente, no se trata de análisis que se acerquen o parezcan algo a la moderna Antropología Social. Las descripciones, comentarios, valoraciones, etc. de esos *otros* sujetos y de sus sistemas sociales y económicos rara vez tienen detrás un conocimiento más o menos directo por parte de los economistas. Estos se basan en fuentes secundarias –textos de viajeros, exploradores, religiosos...– con todos los graves inconvenientes y problemas que eso supone, o simplemente expresan sus creencias o ideas (véase también O’Flaherty y Shapiro 2007, 33), constituyendo más un constructo o, como señala Jacob (1991, 24), un producto del imaginario que el resultado de observaciones objetivas y sistemáticas. Sin embargo, resultan de interés por tener en cuenta de alguna manera las diferencias –y, en su caso, semejanzas– entre unos sistemas económicos y otros, entre los comportamientos económicos... Para estos pensadores no hay, podríamos decir, *una* economía, sino diferentes –pero siempre sosteniendo la superioridad de la occidental–. Muestran cómo unas sociedades y economías están más avanzadas que otras y tratan de analizar sus causas y establecer sus leyes de desarrollo (ver también Léons y Rothstein 1979, xxii). Sin duda, desde un punto de vista antropológico se podrían plantear muchas críticas al tratamiento que hacen los clásicos de las sociedades –y sistemas económicos– no occidentales (ver, por ejemplo, Marchionatti 2012; Svizzero y Tisdall 2016), pero hay que reconocer que les dan cabida en sus estudios y llegan a reconocerlas como importantes para entender «científicamente» el desarrollo de las economías (véase, por ejemplo, McCulloch 1825, 21-22).

³ La llamada etapa clásica del pensamiento económico tiene como inicio más o menos aceptado los años setenta del siglo XVIII –coincidiendo con la publicación de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, en 1776–, aunque, obviamente, hay autores anteriores relevantes. Su cénit se alcanza a mediados del XIX, momento en el cual comienza a declinar. El final se sitúa alrededor de 1870, cuando se inicia el *marginalismo*. La mayor parte de los autores que emplearemos aquí pertenecen a ese periodo, aunque hay trabajos posteriores, bien por tratarse de reediciones, bien por ser autores clásicos tardíos. No obstante, nuestra referencia es, en cierta medida, más temporal que teórica. Es decir, no todos los autores citados encajarían fácilmente en la Economía Política Clásica. Algunos de ellos, como, por ejemplo, Leslie y Roscher, se vinculan al enfoque historicista. Además, no incluimos el marxismo, que, aunque desarrollado en ese periodo, constituye un planteamiento diferente que requeriría un análisis específico.

⁴ Para un tratamiento breve de la evolución del *homo economicus*, ver, por ejemplo, Morgan (1996, 2006), Kirzner (2000), Kightley (2016).

En relación con lo que se ha expuesto, Peart y Levy sostienen en varios trabajos que los economistas políticos clásicos –hasta mediados del siglo XIX–, a diferencia de los primeros posclásicos, mantienen una concepción igualitaria –lo que llaman «homogeneidad analítica»– de los humanos⁵. Es decir, conciben la «naturaleza humana» como única, la misma en todas partes, rechazando los supuestos o planteamientos jerárquicos (Peart y Levy 2005a, 15, 19; 2005b, 3; Levy 2002, 176; Levy y Peart 2007, 58)⁶. Ello significa que, desde el punto de vista económico, todos los sujetos son igualmente capaces de tomar decisiones, hacer elecciones y actuar de acuerdo con unos objetivos. Además, ha de afirmarse, dado que solo hay una «naturaleza humana», que las motivaciones son las mismas o muy similares. En otros términos, podría decirse que los clásicos defienden la *igualdad biopsicológica* de los humanos.

Tal planteamiento rechaza los análisis y explicaciones raciales –naturales, biológicos– de las diferencias observadas en las elecciones, conductas y resultados económicos en distintas sociedades –e incluso en la misma entre diferentes clases o grupos sociales–. La «raza», en su sentido biológico, no juega, sostienen los defensores de la visión igualitaria, ningún papel explicativo en el análisis económico de los clásicos. Las diferencias tienen que ver con factores ambientales, sociales, históricos, institucionales, culturales, políticos, no con rasgos o elementos innatos. Luego, la Economía Política Clásica no es, en la síntesis teórica que hacen Peart y Levy, racista, a diferencia de la etapa posclásica en la que es muy destacable, hasta entrado el siglo XX, la influencia del racismo científico.

La posición de Peart y Levy sobre la diversidad humana en los economistas clásicos será el hilo conductor de este trabajo. Empleando un número considerable de obras de pensadores de esta etapa, presentaremos su tratamiento de la diversidad económica y las explicaciones que ofrecen a ella. A partir de este objetivo específico, valoraremos, como fin central, si estos economistas y sus análisis sociales y económicos son, en algún grado, racistas o no y si se sostiene la idea de la homogeneidad humana a la que se refieren Levy y Peart.

Pero, para ello, debemos aclarar algunos conceptos centrales en esta cuestión: raza y racismo. «Raza» es una categoría muy compleja que cuenta con una larga y cambiante historia que desborda los límites y objetivos de este trabajo. Bastará con señalar que, en un sentido «científico», haría referencia a un grupo que posee ciertas características biológicas –fenotipo y genotipo– específicas, que lo diferencian de otros de la misma espe-

cie. Obviando las dificultades que existen dentro de la propia ciencia para definir tal concepto, en las sociedades en las que esa categoría ha sido –y es– central, las «razas» se han considerado grupos biológicos discretos, diferenciándose profundamente de otros (Smedley y Smedley 2005, 20). Además, y aquí hallamos un aspecto clave, las diferencias o especificidades biológicas han aparecido, de un modo u otro, ligadas a elementos no biológicos como comportamientos, actitudes, etc. Es decir, se ha mezclado lo biológico con lo social y lo cultural (*ibid.*, 19, 20), explicándose con frecuencia las diferencias socioculturales desde un punto de vista racial (Zack 2018, 56)⁷.

No obstante, los usos y significados de este concepto han sido –y aún son– diferentes y generalmente poco precisos (véase también Morris-Reich y Rupnow 2017, 2). Muchas veces al hablar de «raza» se hace referencia simplemente a un grupo humano caracterizado por ciertos aspectos diferentes, desde físicos como el color de la piel o determinados rasgos faciales y craneales, hasta culturales como la religión, pasando por el origen nacional, territorial o étnico. En todos esos casos tratan de resaltarse ciertas especificidades de un grupo humano –biológicas o de otro tipo– que lo convierten en diferente –y muchas veces en inferior– del propio. Hablar de «razas» supone subrayar lo diferente y, de alguna manera, separar, dividir de acuerdo con distintos factores, entre los que sobresalen, en las posiciones pretendidamente científicas, los biológicos.

El racismo –racialismo (Zack 2018, 52, 65) – parte, obviamente, de la idea de la existencia de razas humanas diferentes, a lo que se une como ingrediente indispensable la creencia en la superioridad e inferioridad de ellas, es decir, la idea de que hay una jerarquía racial (ver también Levinson 1994, 198). Ser racista o racialista no es simplemente creer en –y defender– las «razas», sino, sobre todo, mantener que estas pueden situarse en una especie de *ranking* biológico. El racismo es, pues, la unión o la suma de diferencia y jerarquía (ver también Colander *et al.* 2007, 9).

Las diferencias que hacen inferiores a unas «razas» pueden ser aspectos concretos: ciertos rasgos físicos o psicológicos, determinadas costumbres o hábitos, etc. Esto es lo que llaman Peart y Levy (2005b, 44; 2007, 124) «racismo paramétrico». Pero también encontramos planteamientos más radicales en los que la inferioridad de una «raza» es total. Se habla así de «razas inferiores», «degradadas», «moribundas», de razas casi no humanas. Podríamos hablar, en tal caso, de «racismo absoluto» (véase Hunt 1866).

Pero es corriente usar «racismo» en un sentido mucho más general, más laxo, para referirse a toda actitud o manifestación de desprecio, menosprecio, rechazo, crítica, etc. de lo diferente –por su aspecto físico, valores, creencias, comportamientos...– de otras sociedades, culturas o grupos humanos. En Antropología no

⁵ Peart y Levy (2005a, 15, 16, 19, 24, 25; 2005b, xi-xii, xiv, 3-4, 11, 85; 2007, 123), Levy y Peart (2007, 56-58), Levy (2002, 21, 81-82, 176). Ver también Maccabelli (2008, 485) y Paul y Day (2008, 223). Hoover (2008) critica la confusión –en la práctica– de Peart y Levy entre igualitarismo «analítico» y «sustantivo».

⁶ O'Flaherty y Shapiro, en su excelente resumen de la visión científica de la variación humana entre 1700 y 1900, sostienen, como síntesis inicial (2007, 21), que al comienzo de esa etapa hay consenso sobre la homogeneidad de los humanos y sobre los contrastes ambientales como explicación de las diferencias, pasándose posteriormente a un incremento del énfasis en la heterogeneidad humana y en la naturaleza innata y fija de su condición (véase también Maccabelli 2008).

⁷ Morris-Reich y Rupnow (2017, 8) señalan que en el «discurso racial» casi nunca ha sido posible establecer una clara distinción entre los atributos físicos o corporales y los culturales o mentales. De hecho, «raza» en las Humanidades se ha referido más a estos últimos rasgos que a los primeros (*ibid.*, 12).

hablamos de racismo, sino de etnocentrismo. Este es la creencia de que la propia cultura es superior a –o mejor que– otras, juzgándolas según criterios o estándares de aquella (Levinson 1994, 85). Es decir, se parte de la superioridad de una cultura o sociedad y se emplea esta para valorar las demás. Al igual que en el racismo, en el etnocentrismo está presente, como acabamos de apuntar, la idea de superioridad, pero no referida a grupos humanos en su sentido biológico –las supuestas «razas»–, sino a culturas, grupos sociales, sociedades. El racismo, tal y como lo hemos definido aquí, tiene una dimensión biológica esencial –lo biológico, de hecho, es su base–, mientras que el etnocentrismo es un concepto eminentemente sociocultural.

3. Los «salvajes» y «bárbaros» como sujetos económicos

Sin duda alguna, los rasgos de los «salvajes» más citados por los economistas clásicos son los que tienen que ver con su actividad y con las decisiones –económicas– intertemporales. Se trata, además, de características fundamentalmente negativas⁸. Se habla, en este sentido, de indolencia, pereza y apatía, presentándose como sujetos poco diligentes, laboriosos o activos. A ello se añade el hecho de la inconstancia o discontinuidad de su labor. Así, periodos cortos o intensos de actividad aparecen seguidos de otros en los que prácticamente no hacen nada.

En el ámbito de las decisiones, los cazadores-recolectores –no tanto los pastores– son caracterizados habitualmente como sujetos para quienes el presente pesa muchísimo más que el futuro –aplican tasas de descuento temporales muy elevadas–. A esto podemos sumar como rasgo muy citado en la literatura consultada la imprevisión, que es menos acusada en los sujetos dedicados al pastoreo⁹. Al menos en parte, un resultado de tales rasgos es el carácter poco o nada ahorrador de estos individuos, sobre todo de los cazadores.

En sus aspectos mentales o intelectuales, los indígenas son concebidos como ignorantes, como sujetos mentalmente débiles o inmaduros, siendo muy habitual la equiparación con los niños. Sin embargo, sus «pasiones» son muy fuertes y de difícil control, lo que implica que estamos ante personas movidas por sus deseos más básicos –frente a la superior razón–, incapaces de frenarlos o dirigirlos.

Si tomamos a la vez los rasgos de los nativos –y miembros de las sociedades tradicionales– que hemos presentado en las líneas anteriores –la indolencia, la imprevisión, el peso del presente, las capacidades mentales reducidas o poco desarrolladas, el dominio de la pasión sobre la razón...–, difícilmente encajarían en la categoría de sujeto económico de la etapa clásica. Si bien es verdad que no encontramos en esta un modelo de *homo*

economicus –aunque hay acuerdo en determinados aspectos esenciales–, no parece discutible afirmar que las características de los «salvajes» y «bárbaros» no coinciden en muchos aspectos con las de un agente económico ortodoxo. Sin embargo, en esos estudios hallamos una serie de planteamientos que matizan esta última idea y que vienen a reconocer, al menos en parte, el carácter «económico» de las decisiones y comportamientos de los cazadores y pastores.

En primer lugar, se sostiene que, en algún grado, los «salvajes» y «bárbaros» crean, usan y acumulan capital¹⁰. Las armas que emplea el cazador, el ganado en el que basa su subsistencia el pastor, las herramientas de los agricultores tradicionales, etc., forman parte del capital productivo de esos sujetos. Constituyen una evidencia de que estos individuos recurren a determinados medios, aunque básicos, para mejorar en lo posible la labor orientada a la satisfacción de sus necesidades. Ello significa, de acuerdo con McVickar (1825, 89), que el deseo de avance, de mejora, está presente en toda sociedad, en todo hombre. Así ocurre cuando el «salvaje» construye –o mejora– un arma para cazar.

Sin embargo, el capital disponible por esos *otros* sujetos económicos es muy inferior al existente en las sociedades «civilizadas». Su uso, además, se considera menos eficiente y la productividad baja (Bowen 1856, 65; 1870, 58; Scrope 1833, 88). Por ello sus economías son pobres, con escaso desarrollo.

Se reconoce, por otro lado, la existencia de división del trabajo, aunque esta no llega a los niveles de desarrollo y complejidad de la «civilización»¹¹. Se trata de un reparto de tareas básico fundado, generalmente, en el sexo y que se da en el seno de las unidades domésticas. No existe en las sociedades «salvajes» algo así como una división de empleos u ocupaciones basada en la capacitación para determinadas producciones, algo que comienza, según los economistas clásicos, en las sociedades de pastores.

Finalmente, y como aspecto más relevante, se reconoce o supone la existencia entre los indígenas de intercambios basados en el trueque¹². Incluso se habla de la presencia de comercio en sus formas iniciales y básicas¹³. Ello aparece ligado al uso de dinero «primitivo», a lo que se refiere la gran mayoría de economistas

⁸ También se citan rasgos positivos, aunque en menor medida que los negativos: destreza y habilidad manuales, agudeza visual, rapidez, fuerza...

⁹ Bagehot (1880, 57) señala, de forma muy gráfica, que la economía de las sociedades «salvajes» se ajusta a la expresión «de la mano a la boca».

¹⁰ Ver Senior (1865 [1836], 95), Torrens (1821, 77, 78), Greeley (1870, 40), Cardozo (1826, 7), Bowen (1856, 65; 1870, 58), Scrope (1833, 88), McDonnell (1871, 3), Rogers (1868, 49), Hearn (1864, 136). Raymond (1820, 124) sostiene, por el contrario, que no hay acumulación en las sociedades salvajes.

¹¹ McVickar (1825, 64), Dick (1873, 31), Bagehot (1880, 25; 1885, 40), Bowen (1870, 58), McCulloch (1864, 37), Rooke (1824, 43), Walker (1867, 77), Wilson (1877, 117-118).

¹² Smith (1902 [1776] I, 57-58), Torrens (1821, 8-9, 17), Cardozo (1826, 73), Scrope (1833, 70, 79), Bagehot (1885, 66), Jennison (1828, 45), Potter (1862, 87), Read (1829, 51-52), Perry (1866, 3), Mason y Lalor (1875, 52), Whately (1853, 18), Courcelle-Seneuil (1865, 87-88), Hamal (1844, 173), Royer-de Behr (1859, 7). Muchos de estos autores no se refieren a intercambios «reales», sino a supuestos que se plantean –situaciones hipotéticas– con el objetivo de explicar otros fenómenos como el desarrollo de la división del trabajo, la aparición del dinero de uso general...

¹³ Torrens (1821, 148), Phillips (1828, 61), Thomson (1895 [1875], 196). Otros autores niegan la existencia de comercio. Marcet (1851, 66) habla de poco o ninguno en esas sociedades.

clásicos¹⁴. Tales intercambios se consideran limitados en su alcance y volumen, pues, en el caso de los cazadores sobre todo, nos encontramos ante economías autosuficientes, esto es, sistemas en los que las necesidades se satisfacen individualmente (Whately 1853, 18; Marcet 1851, 66) y en cada comunidad o grupo.

La idea de intercambio –real o supuesto– asociada a los nativos es muy significativa al tratarse de uno de los rasgos empleados por los economistas clásicos para caracterizar lo humano¹⁵. Solo las personas intercambian, por lo que tal forma de relación económica constituye un elemento básico de humanidad. Los «salvajes» son, según este criterio, seres humanos, pese a las características descritas anteriormente, que, en muchos casos, los sitúan más cerca de los animales inferiores que de los propios humanos.

Los intercambios y el uso de dinero suponen la existencia de decisiones y comportamientos económicos en algún sentido. Cuando un indígena cambia con otro algún producto –como conjeturan muchos de estos economistas– ha de haber algún tipo de motivación económica –al menos, la satisfacción de una necesidad– y también algún sentido de ventaja (véase Cardozo 1826, 73)¹⁶. No obstante, algunos autores mantienen que hay diferencias notables con la situación en las economías «civilizadas». Bagehot (1880, 42; 1885, 66) y Leslie (1888, 182) afirman que esos intercambios no se basan en cálculos de beneficios o ganancias¹⁷. No nos hallamos ante relaciones guiadas por el «espíritu» o los principios comerciales (Bagehot 1880, 80; Leslie 1888, 222). Leslie sostendrá que en las sociedades «salvajes» los intercambios son rara vez individuales y basados en elecciones también individuales motivadas por la búsqueda de ganancias, tratándose, más bien, de relaciones entre grupos o comunidades fundadas en la costumbre (1888, 180-182, 222).

4. La diversidad humana y el comportamiento económico de los *otros*: su explicación

Tal y como se ha indicado, los economistas clásicos reconocen la existencia de diversidad en los sistemas económicos –con un contraste marcado entre las economías «salvajes» y las «civilizadas»– y en los sujetos que forman parte de ellos en sus decisiones, elecciones y comportamientos. Centrándonos en esto último, ¿cómo explicar tales diferencias? ¿Qué factores y condiciones son esenciales para ello tanto a nivel individual como supra-individual? Para responder a estas cuestiones hemos de

centrarnos en primer lugar en el agente económico –dejaremos para el final la cuestión biológica o racial– pues, en gran medida, constituye una parte importante de la explicación clásica del hecho de que las economías del mundo se hallen en distintas fases de desarrollo¹⁸. A esto hay que añadir necesariamente toda una serie de elementos contextuales que son fundamentales para entender las decisiones y acciones individuales y, en general, las diferentes situaciones económicas. Nos referimos a factores ambientales, sociales, políticos, institucionales, etc.; es decir, a los componentes del marco en el interior del cual deciden y actúan los sujetos.

Se sostiene, como idea clave, que los niveles de actividad o esfuerzo de los individuos dependen de sus objetivos o fines¹⁹. En las economías «salvajes», estos son principal o únicamente las necesidades básicas –alimentación, refugio...–, con lo cual no hay, más allá de su satisfacción, otras necesidades o deseos y, por consiguiente, existirán pocos incentivos para el cambio, para la innovación, para el avance. En otras palabras, se mantiene que los nativos, sobre todo los de las zonas tropicales, carecen de motivos para esforzarse o trabajar más de lo que se requiere para subsistir²⁰. En tal situación, la indolencia, la discontinuidad en la actividad y otros rasgos de los «salvajes» citados profusamente parecen razonables y comprensibles²¹. Es más, se dice que en ello cayeron también muchos «civilizados» que se trasladaron a las colonias²². En este punto ha de tenerse en cuenta que algunos autores de este periodo no consideran la indolencia o la pereza un rasgo exclusivo de los indígenas –aunque se dé mucho en ellos–, sino algo que forma parte de la «naturaleza humana», un rasgo natural²³. Las variaciones que se observan –más o menos actividad, más o menos esfuerzo, más o menos constancia– obedecen, en gran medida, a las necesidades y deseos, que actúan como estímulos o incentivos. Existe, por lo tanto, una lógica económica en esos comportamientos y actitudes.

Este razonamiento conduce a la idea bastante extendida de que los «salvajes» y «bárbaros» se volverán más activos, más laboriosos, con la aparición y desarrollo de

¹⁴ Tucker (1859, 151), Dick (1873, 15), Vethake (1838, 23), Say (1971 [1803], 218, 221), Scrope (1833, 80), Jennison (1828, 45), MacDonnell (1871, 149), Bolles (1874, 89-90), Potter (1862, 87-88), Roscher (1878 I, 351), Whately (1853, 24), Schmalz (1826 I, 44).

¹⁵ Smith (1902 [1776] I, 55), Wayland (1837, 169, 170) Whately (1831, 6), Bowen (1856, 3; 1870, 3). Este último define al hombre como «un animal que realiza intercambios».

¹⁶ Courcelle-Seneuil (1865, 87-88), en un hipotético intercambio entre dos salvajes –caza por madera para construir arcos y flechas–, mantiene que no guarda relación con sentimientos de justicia, equidad o caridad, sino con la satisfacción de las necesidades de ambos.

¹⁷ Bagehot (1880, 42) va más allá cuando afirma que no existe la idea de «beneficio» y ni tan siquiera se les puede explicar.

¹⁸ Hacemos referencia a la teoría de las cuatro etapas (véase Meek 2010 [1976]), que los economistas clásicos asumen.

¹⁹ Como afirma Mill (1865 [1848], 398), los seres humanos no se esforzarán si no hay motivo para ello. Según Raymond (1820, 123; 1823 I, 218), nuestros esfuerzos se hallan en relación con las necesidades. Si estas se limitan a lo indispensable para la vida, el hombre será un «animal» indolente.

²⁰ Canard (1801, 85), McCulloch (1825, 397; 1864, 493), Greeley (1870, 14, 54), McVickar (1825, 158), Bowen (1856, 75, 106; 1870, 106), Roscher (1878 II, 199-200).

²¹ Como señala Bowen (1856, 106), en las colonias, donde hay menos necesidades de refugio y vestido y donde los recursos son abundantes, las personas se contentan con poco más que lo necesario para su subsistencia. McCulloch (1825, 397) mantiene que en estos lugares las necesidades de la vida se satisfacen, en general, con poco esfuerzo. Los indios son indolentes porque no tienen los deseos y necesidades de los civilizados. Roscher (1878 II, 199) se refiere, muy gráficamente, a los trópicos como zonas en las que «el pan crece en los árboles».

²² Bowen (1856, 75; 1870, 66) nos dice que en las islas del Pacífico Sur o en las Islas Occidentales los colonos blancos se volvieron rápidamente tan flojos y brutos como los indígenas.

²³ McCulloch (1825, 397), McVickar (1825, 158), Vethake (1838, 125), Marcet (1824, 32).

otros fines que no se limiten a lo necesario para subsistir²⁴. Aquí entran los placeres y comodidades propios de las sociedades más avanzadas. La clave radica en generar o despertar en esos sujetos nuevas «necesidades» y deseos. Y en ello juegan un papel esencial la educación –socialización– y, sobre todo, las relaciones comerciales. Esta idea es relevante porque indica la importancia que se da en el análisis clásico a los factores no individuales como la educación y las características del sistema económico. Cuando hablamos de la educación o la formación en la Economía Clásica incluimos tanto un sentido amplio, referido a la educación general y a la socialización, como uno más concreto o específico que tiene que ver con la formación técnica o profesional. Esta última hace que los sujetos –en este caso los nativos– sean más eficientes y mejoren su productividad. Pero con la educación en el sentido más general se crean y descubren, entre otras cosas, nuevos fines, nuevos deseos, lo cual es algo fundamental para los economistas clásicos al constituir un factor clave en la «activación» de los sujetos económicos²⁵. Por otro lado, estos autores pueden integrarse –excepciones o puntualizaciones aparte– en la corriente de pensamiento en la que se atribuye a la educación un rol esencial en la configuración de los individuos frente a los planteamientos naturalistas. Para los economistas clásicos, buena parte de lo que son, lo que hacen –o son capaces de hacer– las personas, tiene que ver con la educación, tanto en el sentido formal como en el más general de socialización. Esto pone de manifiesto que se reconoce la configuración sociocultural de los sujetos, sin obviar su carácter «animal» –natural–.

Al menos igual de relevante, si no más, es el contexto económico. Como se acaba de exponer, los economistas clásicos plantean que las economías de los cazadores –no tanto las de los pastores– se orientan a la subsistencia. Los fines son obtener los alimentos y otros medios para atender las necesidades básicas. Hay, sostienen, pocos objetivos de otro tipo que estimulen la actividad económica, que actúen como incentivos, que tengan un papel activo²⁶. Estos han de provenir de la nueva orientación que proporcionarán las relaciones comerciales. En ellas ven la fuente de nuevos fines, deseos, etc. que formarán parte de las decisiones y acciones de los nativos²⁷. Este planteamiento es congruente con la importancia que dan los economistas clásicos a los incentivos en un sistema económico y, a su vez, con la idea de la configuración sistémica de los sujetos.

El contacto comercial hará que se desarrollen los intercambios y que se produzcan otros avances y transformaciones –por ejemplo, el desarrollo de la división

del trabajo– que darán como resultado la evolución o progreso del sistema económico y, en general, de la sociedad hacia fases o etapas posteriores²⁸.

Sin embargo, la respuesta económica a los nuevos incentivos y el propio desarrollo de las economías basadas en el comercio requieren seguridad. Y se habla tanto de un contexto social en general seguro –libre de conflictos y problemas de orden– como de seguridad sobre la propiedad y los frutos del trabajo, de confianza en las relaciones económicas, etc. Las decisiones o conductas económicas y sus resultados a nivel sistémico son diferentes en aquellos contextos en los que destaca la inseguridad en los sentidos señalados. Aquí se hallan, según los economistas clásicos, algunos de los problemas más graves de estas sociedades «salvajes» y «bárbaras». Estas no solo son presentadas a veces como sociedades conflictivas, incluso belicosas, sino que en ellas la propiedad no es segura²⁹. Por consiguiente, no se trata de un contexto adecuado para el desarrollo económico. Todo lo contrario, la falta de seguridad –en la propiedad y general– hace que esas economías se mantengan estacionarias y, en el caso de las que nos ocupan, además en niveles bajos –poco capital, reducida productividad³⁰...–.

Para los economistas clásicos otro elemento sumamente relevante en la configuración del comportamiento económico, el funcionamiento de los sistemas y sus resultados es el contexto político –incluyendo aquí el papel del Gobierno–. Las políticas en materia económica, la acción del Gobierno en este terreno, las leyes establecidas, los niveles de libertad política y económica, etc. influyen claramente en las decisiones y acciones de los sujetos de formas diversas –orientando sus elecciones, estableciendo opciones, facilitando sus actividades económicas o entorpecidiéndolas...–. En este sentido, los autores clásicos se muestran en sus análisis claramente institucionalistas.

Las diferencias que se observan de unos lugares a otros en sus economías y otros aspectos como la población –su dinámica– obedecen a factores como los niveles de libertad política y económica, la legislación más o menos favorecedora de ciertas actividades económicas, la «calidad» de los gobernantes y de su gestión, y otros elementos en este ámbito³¹. Tales variables políticas y,

²⁴ Wayland (1837, 132), Malthus (1836, 403), Mill (1865 [1848], 131), Raymond (1820, 122; 1823 I, 218), Putnam (1834, 1), Roscher (1878 II, 200), Eisdell (1839, 144).

²⁵ Ver Wayland (1837, 132), Marcet (1824, 32), Alden (1879, 22).

²⁶ Al menos en el caso de las sociedades «salvajes», el factor poblacional –el incremento demográfico– al que hace referencia Malthus y que tan relevante será no parece jugar, en la gran mayoría de economistas clásicos, ningún papel causal en el cambio, pues se considera que en estas comunidades humanas el problema es, al contrario, la reducida y dispersa población.

²⁷ Ver Bowen (1870, 230), Ganih (1812, 108-109), Roscher (1878 II, 198).

²⁸ Ver Wayland (1837, 132), List (1909 [1841], 144), McCulloch (1824, 95; 1864, 25).

²⁹ Bowen (1856, 8), Whately (1831, 162; 1853, 67), Faucher (1856 II, 424). En algunos casos, se apunta que el problema radica en la ausencia de propiedad privada o individual. Rossi (1841 II, 6; véase también Wilson 1877, 27) señala, en este sentido, que sin la apropiación –privada– de la tierra no pueden concebirse ni las riquezas ni el bienestar. Sin ella la sociedad humana no habría podido elevarse desde la tribu nómada ni «cruzar las estepas» de la barbarie.

³⁰ El desarrollo, el avance por las fases o etapas de la historia socioeconómica, no se puede producir sin la seguridad en la propiedad (McCulloch 1825, 62; McCulloch 1824, 95; 1825, 82; 1864, 25, 33) y en general (Thompson 1850, 24). Aparte de las sociedades «salvajes», se citan como ejemplos de inseguridad los países árabes (Whately 1853, 67, 80; Faucher 1856 II, 424) y las «naciones negras» (Roscher 1878 II, 297).

³¹ El papel de la libertad política individual y de la democracia es señalado, entre otros, por Jennison (1828, 31, 32), Roscher (1878 II, 252) y Scrope (1833, 134). Por su parte, McCulloch (1824, 19) y Merivale (1837, 16) hacen referencia a la legislación y a las medidas orientadas a estimular la actividad económica. Finalmente, McCu-

en general, institucionales se reconocen como más relevantes que las ambientales (McCulloch 1824, 19) y que las raciales, esto es, las que se relacionan con el *stock* natural de las poblaciones³².

Pese a lo que se acaba de señalar, lo cierto es que, como es habitual en esta etapa del pensamiento, hay numerosas referencias al papel de los factores medioambientales, en general, y climáticos, en particular, en la economía y en el comportamiento económico. En este sentido, se señala que en los climas tropicales hay más abundancia natural y por ello es, en principio, más sencillo y menos costoso obtener lo necesario para el sostenimiento, cuyos requerimientos son, además, inferiores a los de otros lugares. En parte, esta circunstancia hace que los sujetos necesiten, en ausencia de otros fines, relativamente poco esfuerzo para lograr el objetivo de la subsistencia³³. Por consiguiente, las «facilidades» que ofrece este tipo de entorno explican, al menos parcialmente, las características de la actividad de los indígenas –indolencia, inconstancia³⁴...-. Se plantea, con mayor o menor énfasis y relevancia, la influencia del clima y otras variables físicas en el temperamento, la energía, etc. de los sujetos.

En algunos casos y en línea con las viejas ideas del determinismo climático, se afirma que los climas templados son los más favorables para la actividad física y mental, siendo los cálidos los menos adecuados. Al menos en parte, ello explica para algunos autores la superioridad de Europa, particularmente de los países del norte, en economía, ciencia, tecnología o pensamiento³⁵. No obstante, no nos hallamos ante planteamientos deterministas simples, pues los economistas que hacen referencia al clima y otros factores naturales tienen en cuenta otros de diverso tipo que actúan en conjunción con ellos –las normas sociales, la libertad política y económica, el conocimiento, las diferencias sociales, los hábitos y las costumbres, la «raza»³⁶...-.

Como se ha ido viendo, la Economía Clásica no permanece al margen de la cuestión racial y de las principales posiciones en torno a ella en la ciencia y en el

pensamiento de esta etapa. Pero, como fue –y ha sido– habitual, el uso del concepto «raza» entre estos economistas es muy poco preciso, empleándose tanto para hacer referencia a grupos humanos en un sentido pretendidamente biológico, como a otros diversos basados en su origen territorial, religión, actividad económica, modo de vida... (véase también Peart y Levy 2005a, 18)³⁷. No obstante, en esta etapa del pensamiento económico la distinción –y oposición– esencial y habitual es entre los «civilizados», por un lado, y los «salvajes» y «bárbaros», por otro, hallándonos más ante categorías socioeconómicas y culturales que biológicas. El carácter biológico de la noción de «raza» se va generalizando a partir de la mitad del siglo XIX.

Al margen de los términos empleados, lo relevante aquí es el papel de lo innato –natural– *versus* lo ambiental –entendido en sentido amplio– en la configuración de los sujetos y su comportamiento económico. Sobre esto, encontramos cuatro posturas en los trabajos revisados. La primera es aquella en la que se sostienen planteamientos claramente racistas o muy próximos a estos. En ellos se mantiene con más o menos claridad la existencia de diversidad humana físico-biológica –«razas»– y se habla en términos de inferioridad y superioridad³⁸. Las diferencias en las decisiones y comportamientos económicos obedecen, al menos en parte, a factores «raciales». No todos los grupos humanos poseen las mismas capacidades para hacer elecciones y llevar a cabo actividades económicas³⁹. Además, en algún caso se sostiene,

³⁷ Por ejemplo, «raza anglosajona», «raza celta», «raza europea» –o «razas europeas»–, «raza judía», «raza salvaje», «raza de indios», «raza blanca», «raza negra», «raza de pastores», «raza caucásica», «razas nómadas», «raza amarilla», «raza cobriza», «raza árabe», «raza roja», «razas nativas», «raza de colonos»...

³⁸ MacDonnell (1871, 36) habla de «razas» con mejores cualidades y condiciones físicas que otras. No puede afirmar, dice, si se trata de una superioridad innata o debida a otras circunstancias, pero lo cierto es que los europeos son superiores como productores a los asiáticos y a los africanos. Edmonds (1828, 187) se refiere a la existencia de distintas «razas» con diferencias físicas y mentales, fruto de la adaptación a las circunstancias en las que se desarrollan. Hay orden y jerarquía, sostiene, en las «naciones» que componen la «raza humana» (*ibid.*, 24). En este contexto debemos situar el que, tiempo después, se haga referencia a «razas inferiores» (Bagehot 1880, 41; 1885, 66; MacDonnell 1871; Courcelle-Seneuil, 1867 II, 499), «razas menos dotadas» (MacDonnell 1871), «razas salvajes moribundas» (Bagehot 1880, 91), «razas degeneradas» (Courcelle-Seneuil 1867 I, 32)

³⁹ Cairnes (1878, 328) se refiere a la incapacidad física o intelectual de los trabajadores chinos y polinesios en Australia, por lo que solo son aptos para determinados trabajos simples y duros. En un trabajo anterior (1873, 156, 157) habla de los fuertes «instintos» comerciales de la «raza anglosajona». Ruskin (1872, 47, 112, 113) sostiene que hay «razas» indolentes, poco sensibles, viles y rudas, y otras que califica de «económicas», activas y sensibles. Estas últimas producen por encima de las necesidades (1872, 47; 1907, 227). Rossi (1841 II, 126) afirma que la «raza europea», con su genio vivo y «móvil», no puede acostumbrarse al inmovilismo de otras «razas» y climas. En términos actuales, vendría a señalar que la «raza europea» es más dinámica y emprendedora que otras. Bagehot (1880, 171) explica que el ahorro varía con las «razas» y que los judíos –la «raza judía»– destacan como prestamistas de dinero y como empresarios habituados al cálculo (*ibid.*, 153). Faucher (1856 II, 32) plantea la superioridad de la «raza anglosajona» cuando habla de la «inmovilidad» de Oriente –dice que las tribus árabes viven como en los tiempos de Moisés y David–. Se pregunta de forma retórica si no es verdad que los trabajadores anglosajones, que ganan más que otros, no son los más activos, enérgicos y perseverantes en la agricultura y la industria. Raymond (1823 II, 465) mantiene que los

lloch (1824, 73) y Raymond (1823 II, 313-314) destacan el papel de la gestión de los gobernantes –lo que depende de su capacidad, preparación...– más que los tipos de Gobierno.

³² Bowen (1856, 77; 1870, 67), Raymond (1820, 465), Byles (1872 [1851], 145), Rogers (1868, 239).

³³ De acuerdo con Bowen (1856, 106; 1870, 106), al ser menores ciertas necesidades en esos climas –como el refugio y el vestido–, las personas se contentan con poco más de lo necesario para su subsistencia. Byles (1872 [1851], 94, nota), hablando de los negros liberados en las Islas Occidentales, dice que el clima tropical y los abundantes recursos de la tierra hicieron que sus pocas necesidades fuesen satisfechas fácilmente, por lo que incluso aumentó su indolencia. En estas circunstancias, continúa Byles, los elevados salarios dejan de ser un estímulo para el trabajo.

³⁴ Ver Bailey (1823, 181), Byles (1872 [1856], 94), Roscher (1878 II, 200), Hamal (1844, 48).

³⁵ List (1909 [1841], 131), Rogers (1868, 240-241). Según List, los países favorecidos por la naturaleza, donde el clima es más conducente al esfuerzo mental y físico, son los templados. En ellos el poder productivo ha avanzado más y hay mayor desarrollo mental y social y poder político. Los pueblos de la zona tropical son de «inferior civilización».

³⁶ Ver Tucker (1859, 91), Raymond (1820, 46), Leslie (1888, 414, 435), McCulloch (1864, 67), Walker (1867, 81), Foy (1878 I, 101), Rossi (1841 II, 270).

en línea con las posiciones más puramente racistas (p. ej., Hunt 1866, 121), que tales cualidades y capacidades son en gran medida hereditarias (Ruskin 1872, 5; 1907, 199)⁴⁰.

En segundo lugar, tenemos la posición de aquellos economistas que reconocen la existencia de cierta diversidad «racial», pero lo hacen desde una postura escéptica, prudente incluso, debido al estado de la ciencia en esos momentos⁴¹. En este bloque podríamos incluir a los que minimizan la influencia de los factores biológicos en el comportamiento económico, poniendo el acento en los factores del contexto en el que actúan los sujetos –la educación general, la formación específica, los incentivos económicos y otras variables ya abordadas en este trabajo⁴²–. No se rechaza o niega el papel de ciertos elementos naturales –innatos– y la existencia de algunas diferencias de este tipo entre unos grupos y otros, pero se consideran más relevantes en la configuración del comportamiento económico y en sus resultados sistémicos los factores no biológicos⁴³. Asimismo, se remarca el carácter modificador y configurador de la educación y la importancia económica de la aplicación de los conocimientos –tecnocientíficos– en las actividades productivas y, por consiguiente, en las diferencias que se observan entre sistemas socioeconómicos⁴⁴.

negros son menos industrioses y previsores que los blancos, aparte de que tienen menos coraje y motivos para el esfuerzo. Rae (1834, 155; 1905 [1834], 92) afirma que los europeos superan a los asiáticos en el vigor de su intelecto y en la fuerza de sus sentimientos morales. Además, sitúa a los aborígenes australianos en el lugar más bajo de la escala de la humanidad (1834, 252-253; 1905 [1834], 189). Este economista plantea como hecho la diversidad de «razas», «tribus» y «gentes», existiendo diferencias en su situación moral, intelectual y corporal, con independencia de que sean resultado de la herencia o de la educación, los hábitos y otras circunstancias o una combinación de todo ello. De hecho, afirma que la constitución física de los negros es tan diferente de la de los blancos que no puede sacarse ninguna conclusión de unos para los otros (1905 [1834], 475).

⁴⁰ Este autor afirma que las cualidades morales y físicas se transmiten más por «descendencia» que por educación (1872, 5; 1907, 199).

⁴¹ Rogers (1868, 239, 240) sostiene que hay «razas fisiológicamente diferentes» y que tal variable –la «raza»– puede influir, al igual que el clima y la tierra, en la producción. No obstante, duda de su papel en la sociedad, argumentando que la Etnología aún está en su infancia. Bailey (1823), que habla de la existencia de variaciones físicas e intelectuales, no se manifiesta en la cuestión de si los negros son inferiores intelectualmente a los blancos (1823, 177); además, cuestiona las teorías que ligan la estructura craneal con las capacidades intelectuales, pues tendrá que ser algo demostrado por los hechos.

⁴² Martineau (1834 IX, 141) nos dice que las diferencias en el color y la forma de los hombres no son nada en comparación con las derivadas de las circunstancias sociales. En estas es en donde se hallan las diferencias más significativas. También McCulloch (1825, 116-117) sostiene que las diferencias en la «organización física» y las capacidades de las diferentes «razas» son «insignificantes», pero reconoce diferencias económicas entre un indio o un africano y un inglés o un francés, que explica haciendo referencia a la educación y a sus distintos conocimientos.

⁴³ Bowen (1856 y 1870), que conoce lo que se está planteando en el campo de la «raza», dice que cree más en el papel de las instituciones que en el de la «sangre». En palabras de este autor: «No soy un gran creyente en las excelencias naturales de la sangre anglosajona, pero tengo gran fe en las excelencias adquiridas de las instituciones anglosajonas» (1856, 77; 1870, 67). Senior (1965 [1836], 76) sostiene igualmente que las diferencias que existen entre las distintas «razas» obedecen a los diferentes grados en que disfrutaron de las bondades de un buen Gobierno.

⁴⁴ Rooke (1824, 13) sostiene que los poderes físicos de las distintas «naciones» del mundo quizás varíen, aunque de forma poco signifi-

En tercer lugar, hallamos a quienes rechazan y critican clara y abiertamente las ideas y análisis racistas, que Mill (1865 [1848], 308; 1984 [1850], 93) califica de «vulgar error»⁴⁵. Estos autores niegan que las diferencias que pueden verse en los comportamientos económicos de los individuos pertenecientes a determinadas clases o sociedades o las distintas situaciones económicas guarden relación alguna con factores raciales⁴⁶. Lo biológico queda fuera de explicaciones y análisis en los que la conducta económica y sus resultados se basan en variables de otro tipo –institucionales, ambientales, sociales, culturales⁴⁷–. Asimismo, se remarca la igualdad básica de los humanos, con distinciones –individuales o grupales– que provienen básicamente de las circunstancias en las que se desarrollan y actúan⁴⁸.

cativa, pero lo relevante es que la aplicación del conocimiento y el uso del capital incrementan ese poder. Foy (1878 I, 101) señala que hay algunas variaciones en el vigor del trabajo o la fuerza muscular en las «razas» y climas, pero las diferencias originales entre los hombres son menores de lo que se ha sostenido. Los «gérmenes» de las mismas facultades existen en todos los hombres, destacando el papel de la educación en la compensación e incluso eliminación de las diferencias que puedan existir (*ibid.*, 106). Courcelle-Seneuil (1867 I, 70) afirma que el poder productivo de las «razas» varía, pero todas pueden desarrollarlo, perfeccionarlo.

⁴⁵ Desde la otra perspectiva, Hunt (1866) critica duramente a Mill y a otros economistas y pensadores que plantean la «omnipotencia de las circunstancias» y rechazan la diversidad racial como un «hecho de la naturaleza».

⁴⁶ Refiriéndose a la supuesta indolencia y despreocupación de la «raza celta», Mill nos dice: «De todos los modos de escapar de la consideración del efecto de las influencias sociales y morales en la mente humana, el más vulgar es el que atribuye las diferencias de conducta y carácter a diferencias naturales inherentes. ¿Qué raza no sería indolente y despreocupada [cuando por la situación, sus miembros] no obtienen ventaja de la previsión y del esfuerzo?» (Mill 1865 [1848], 398). En un trabajo posterior (1984 [1850], 93) continúa calificando de «vulgar error» «imputar cualquier diferencia que encuentra [Thomas Carlyle] entre los seres humanos a una diferencia original de la naturaleza». Leslie, unos cuantos años después, se expresa en términos similares al hablar de «teoría vulgar de la raza» para referirse a la posición sostenida por algunos economistas para explicar las diferencias (Leslie 1888, 436). Incluso Courcelle-Seneuil (1867 II, 169), que habla habitualmente de «razas», señala que atribuir a la «raza» las desigualdades en las aptitudes es una explicación cómoda para la pereza y la ignorancia. Además, mantiene que se trata de opiniones o doctrinas que uno es libre de sostener o reformar.

⁴⁷ Byles (1872 [1851], 145) comenta que la miseria de Irlanda –tema de gran debate en esta época– no se debe a su «naturaleza humana», sino a una legislación –presente y pasada– errónea –por ejemplo, en Irlanda las industrias fueron desalentadas y reprimidas, mientras que en Inglaterra se apoyaron–. Senior (1965 [1836], 135), refiriéndose al mismo caso, apunta a la falta de educación moral e intelectual. Phillips (1828, 140) afirma que si la clase trabajadora carece de previsión o prudencia no es un defecto en la constitución de la naturaleza –habla de cambiar los hábitos–. Raymond (1820, 465) dice que si mantiene que «los americanos poseen mayores ventajas para el estudio de la ciencia de la economía política que los europeos no da a entender que poseen alguna superioridad natural, mental o física, sobre las naciones inglesa, escocesa, holandesa, francesa o española. Las ventajas que poseemos son en conjunto accidentales, y surgen de la naturaleza de nuestro gobierno e instituciones».

⁴⁸ Bailey (1823, 281), después de exponer tres teorías sobre las capacidades humanas se decanta por la primera, que resume: «[...] todos los hombres comúnmente bien organizados son iguales por naturaleza en los talentos; y [...] las mayores capacidades, así como las más decididas inclinaciones se deben a las circunstancias en donde el individuo ha sido situado». Ganih (1812, 150) sostiene que la naturaleza del hombre es, con independencia de su color, la misma en todas partes. Sus «pasiones» son las mismas y todos obedecen a iguales causas morales y físicas.

En último lugar, situamos a todos aquellos economistas que simplemente ignoran la idea de «raza». El término no es usado —o se emplea solo esporádicamente— y, lo que es más importante, lo biológico no juega ningún papel en sus análisis de la economía. Es decir, no se plantea la existencia de diferencias raciales ni los factores biológicos —naturales— intervienen en las elecciones, decisiones y resultados económicos. Aquí es donde situamos a la mayoría de los autores de la etapa del pensamiento económico que hemos estudiado. Pero ello no quiere decir necesariamente que ignoraran lo que se sostenía en este ámbito tan importante de la ciencia del momento ni tampoco que defendiesen la igualdad humana.

5. Conclusiones

Si partimos de la concepción de racismo que empleamos en este trabajo, no se puede concluir que la Economía Clásica es racista o racialista. Es cierto, no obstante, que hay algunos autores que encajarían sin muchos problemas en tal caracterización, aunque, por lo general, con posiciones más vinculadas al racismo paramétrico que al absoluto y fundamentalmente en la fase tardía del periodo clásico.

La gran mayoría de economistas clásicos no otorga un papel explicativo —o es muy limitado— a los factores biológicos —raciales— en sus análisis. Algunos critican abierta y directamente las teorías basadas en la «raza» —Mill, Leslie, Byles— y un número muy elevado parece ignorarlas completamente, pese al desarrollo que experimentan en esta etapa, sobre todo a partir de 1850.

Hay, y se reconocen, diferencias individuales y grupales en el ámbito económico —decisiones, comportamientos, resultados—, pero se relacionan con factores de otro tipo. Frente a lo innato o lo biológico se antepone las circunstancias ambientales, socioculturales, educativas, políticas, jurídico-legales y económicas. Los comportamientos económicos aparecen así moldeados, configurados o condicionados por el marco en el que actúan los individuos. Por consiguiente, la diversidad y las diferencias observadas de unos lugares a otros o incluso dentro de una misma sociedad —las clases— se explican atendiendo, por lo general, a múltiples variables entre las que no se hallan las raciales.

Sin embargo, ello no quiere decir que se defendiese la igualdad básica de todas las sociedades y grupos humanos. Las diferencias, como acabamos de señalar, no son «naturales», ni tampoco permanentes —recordemos el papel que se da a la educación y a los incentivos económicos—, pero existen. Además, no se trata de meras distinciones, sino que suponen una jerarquía. De forma más o menos explícita según los casos, los economistas clásicos jerarquizan las sociedades y economías del mundo. En este sentido, Occidente —el mundo «civilizado»— se sitúa en la cabeza del progreso o del desarrollo. Por debajo se encuentran algunos países europeos y los asiáticos, encuadrados en las denominadas sociedades «bárbaras». El último lugar de esta escala lo ocupan los pueblos indígenas, los «salvajes», que también varían en

su nivel de desarrollo, con algunos situados casi en el límite de lo humano. Existe, pues, un orden jerárquico no racial, sino sociocultural y económico encabezado, sin que nadie lo cuestionase, por Europa —los países occidentales— y América del Norte⁴⁹. Dado que tales posiciones no son resultado de factores raciales, se considera, por lo general, que toda sociedad, todo grupo humano puede, con mayor o menor dificultad y con la ayuda —directa o indirecta— de Occidente, avanzar o progresar⁵⁰. De esta manera, las sociedades occidentales se convierten en la parte principal y activa del desarrollo económico mundial, del progreso hacia la civilización. Su papel en este prácticamente constituye una responsabilidad moral con las naciones «salvajes» y más «atrasadas», vistas como la infancia de la sociedad, como un niño al que hay que orientar y ayudar (Moloney 2001, 153, 156; Jacob 1991, 22-23). Se justifica así la intervención occidental y la dominación colonial.

Los humanos tampoco parecen iguales, aunque la gran mayoría de economistas sostenga la idea de la igualdad biológica. Las características comentadas anteriormente, en especial las referidas a los nativos —imprevisión, elevadas tasas de descuento temporal en las decisiones, dominio de las pasiones frente a la razón, limitaciones intelectuales...—, sitúan a estos sujetos fuera de los parámetros ortodoxos del comportamiento económico (véase también Dimand 2005, 827, 844). Es cierto que se reconoce en parte el carácter «económico» de las decisiones y conductas de los cazadores y pastores, pero aun así se hallan lejos, al menos en grado, de las observadas en los occidentales, que constituyen el punto de referencia del análisis, el modelo frente al cual se ponen los nativos, los pastores nómadas y los agricultores tradicionales, que no solo son *otros* actores económicos, sino además *otros* inferiores en este aspecto a aquellos. No obstante, ha de señalarse que los autores más alejados de los planteamientos racistas se refieren a diferencias en la competencia económica, no tanto en la capacidad. Se entiende que los «salvajes», si se les enseña y se les ofrecen los incentivos adecuados, pueden mejorar en la toma de decisiones económicas y en su conducta, pues no estamos ante una cuestión de incapacidad innata. Hay que tener presente, como nos recuerda Jacob (1991, 17), que «civilización» hace referencia a una situación, a un estado al que se puede llegar a través de una acción: «civilizar».

Los «salvajes» y los «bárbaros» son *otros*, pero unos *otros* que, por lo general, son considerados fundamentalmente iguales entre sí. Los contrastes que centran el análisis de estos economistas son los que existen, como se ha visto, entre los «civilizados» y los «no-civilizados», en donde se incluyen numerosos y muy distintos grupos humanos y sociedades, obviando o minimizando los contrastes existentes en estos últimos. Esta concep-

⁴⁹ La idea de la superioridad cultural de los europeos era, como señalan O'Flaherty y Shapiro (2007, 21), algo raramente cuestionado, siendo además validada o apuntalada a finales del XIX por la biología —la superioridad de la «raza blanca»—.

⁵⁰ Los defensores de las posiciones racistas más extremas consideran que ese avance, si no totalmente imposible, sí es muy difícil y dependiente siempre de la intervención de Occidente (ver, p. ej., Whately 1861 [1854]).

ción *subdiferenciada* de los *otros* obedece a que, entre otras razones, el interés no se centra en esos pueblos, sino en las economías «civilizadas». De alguna manera, los «salvajes» y los «bárbaros» son un mero recurso analítico construido a partir de la propia imagen del occidental «civilizado» (JanMohamed 1985; Moloney 2001; Jacob 1991).

Algunos autores hablan de «racismo» para referirse a la caracterización clásica de los *otros* (ver Boer 2015; Zlotnick 2007). Pero se trata, como sostiene Zlotnick, de un racismo liberal, no esencialista, en el que coexistía la defensa de la igualdad biológica de los humanos con la idea de la superioridad de Occidente (Zlotnick 2007, 94, 95, 98). Este racismo liberal, al que aparecen vinculados Smith, Mill y muchos otros de los economistas que hemos citado en este trabajo, era inevitable al hallarse arraigado profundamente en las estructuras de la teoría económica clásica (*ibid.*, 95) y, en general, en la sociedad de la época.

Sin embargo, este tipo de racismo «blando», no biológico, encaja mejor y con más claridad en la noción de etnocentrismo, que pone el acento en los elementos sociales, culturales... No en los «naturales». Así, los economistas clásicos no plantean –salvo las excepciones ya comentadas– la superioridad –biológica– de la «raza blanca» y, como consecuencia de ello, de sus sistemas económicos. Sostienen –y defienden– la situación

de Occidente en el lugar más avanzado o elevado del desarrollo socioeconómico y cultural, en la cima de la Historia.

Es la economía occidental la que proporciona los elementos, los criterios y los estándares para explicar, evaluar y valorar los demás sistemas económicos del mundo y, en el interior de ellos, los sujetos que eligen, deciden y actúan económicamente. Luego, las sociedades occidentales y sus economías no solo se consideran las superiores, las que encabezan el progreso, sino las que establecen la posición y valoran los rasgos de las demás. Hablamos, en definitiva, de etnocentrismo, en su versión euro-norteamericana. Este y el racismo –que a veces se mezclan, como se ha visto– son una constante en el pensamiento –y la ciencia– de esta etapa, clasificando, ordenando y dirigiendo el resto del mundo desde Occidente.

En definitiva, no podemos considerar a los economistas clásicos en su conjunto racistas –racialistas–, pero tampoco se puede decir que mantuviesen una visión neutral o relativista de las diferentes sociedades y economías, que se consideran *otras*, *otras* inferiores. Luego, en general, no se sostiene la idea de homogeneidad ni analítica –como supuesto– ni sustantiva (véase también Hoover 2008). Antes bien, lo que destaca es la heterogeneidad humana, aunque, ciertamente, no tiene, en la gran mayoría de los autores, una base racial.

6. Referencias

- Alden, J. (1879): *First Steps in Political Economy*. Syracuse, N.Y.: Davis, Bardeen & Co.
- Bagehot, W. (1880): *Economic Studies*. London: Longmans, Green, and Co.
- (1885): *The Postulates of English Political Economy*. New York & London: G.P. Putnam's Sons.
- Bailey, S. (1823): *Questions in Political Economy, Politics, Morals, Metaphysics, Polite Literature, and Other Branches of Knowledge*. London: R. Hunter.
- Boer, R. (2015): "Savage Peoples: The Racism of Adam Smith in Wealth of Nations". *The Conversation*, May 12, 2015 (www.theconversation.com).
- Bolles, A.S. (1874): *Chapters in Political Economy*. New York: D. Appleton & Company.
- Bowen, F. (1856): *The Principles of Political Economy*. Boston: Little, Brown and Company.
- (1870): *American Political Economy*. New York: Charles Scribner & Co.
- Byles, J. B. (1872 [1851]): *Sophisms of Free-Trade and Popular Political Economy Examined*. Manchester: John Heywood; London: Simpkin, Marshall & Co; Philadelphia: Henry Carey Baird.
- Cairnes, J.E. (1873): *Essays in Political Economy. Theoretical and Applied*. London: MacMillan.
- (1878): *Some Leading Principles of Political Economy Newly Expounded*. New York: Harper & Brothers Publishers.
- Canard, N.F. (1801): *Principes d'Économie Politique*. Paris: F. Buisson.
- Cardozo, J.N. (1826): *Notes on Political Economy*. Charleston: A.E. Miller.
- Colander, D, R.E. Prasch y F.A. Sheth (2007): "Introduction". En Colander, D., R.E. Prasch y F.A. Sheth (eds): *Race, Liberalism and Economics*. Ann Arbor: The University of Michigan Press, pp. 1-18.
- Courcelle-Seneuil, J.G. (1865): *Traité Sommaire d'Économie Politique*. Paris: Guillaumin et Cie.
- (1867): *Traité Théorique et Pratique d'Économie Politique (2 vols.)*. Paris: F. Amyot.
- Dick, A.H. (1873): *Outlines of Political Economy*. London and Glasgow: William Collins, Sons & Company.
- Dimand, R.W. (2005): "Economists and the Shadow of 'The Other' before 1914". *The American Journal of Economics and Sociology* 64(3), 827-850.
- Edmonds, T.R. (1828): *Practical Moral and Political Economy*. London: Effingham Wilson, Royal Exchange.
- Eisdell, J.S. (1839): *Treatise on the Industry of Nations*. London: G.B. Whittaker and Co.
- Faucher, M.L. (1856): *Mélanges d'Économie Politique et de Finances (II)*. Paris: Guillaumin.
- Foy, A. (1878): *Essai sur les Principes de L'Économie Politique (I)*. Paris: Guillaumin.
- Ganilh, Ch. (1812): *An Inquiry into the Various Systems of Political Economy*. London: Henry Colburn.
- Greeley, H. (1870): *Essays Designed to Elucidate the Science of Political Economy*. Philadelphia: Porter & Coates.
- Hamal, F. de (1844): *Traité Élémentaire d'Économie Politique*. Bruxelles: Société Typographique Belge.
- Hearn, W.E. (1864): *Plutology or the Theory of the Efforts to Satisfy Human Wants*. London: MacMillan and Co.; Melbourne: George Robertson.
- Hoover, K.D. (2008): "The Vanity of the Economist. A Comment on Peart and Levy's 'The Vanity of the Philosopher'". *American Journal of Economics and Sociology* 67(3), 445-453.

- Hunt, J. (1866): "Race in Legislation and Political Economy". *The Anthropological Review* XIII, April, 113-135.
- Jacob, A. (1991): "Civilisation/Sauvagerie. Le sauvagement américain et l'idée de civilisation". *Anthropologie et Sociétés* 15(1), 13-35.
- Jannmohamed, A. R. (1985): "The Economy of Manichean Allegory: The Function of Racial Difference in Colonialist Literature". *Critical Inquiry* 12(1), 59-87.
- Jennison, W. (1828): *An Outline of Political Economy, Designed for Seminaries*. Philadelphia.
- Kightley, M. (2016): "What the History of Economic Thought Can Teach Us". *Journal of Management and Financial Sciences* 25(3), 12-22.
- Kirzner, I.M. (2000): "Human Nature and the Character of Economic Science. The Historical Background of the Misesian Perspective". *The Harvard Review of Philosophy* 8, 14-23.
- Kurz, H.D. (2013): *Economic Thought. A Brief History*. New York: Columbia University Press.
- (2019): "Classical Political Economy". *Munich Social Science Review* 2, 17-51.
- Léons, M.B. y F. Rothstein (1979): "Introduction". En M.B. Léons y F. Rothstein (eds.): *New Directions in Political Economy. An Approach from Anthropology*. Westport: Greenwood Press, xv-xxviii.
- Leslie, Th.E.C. (1888): *Essays in Political Economy*. Dublin: Hodges, Figgis, & Co.; London: Longmans, Green, & Co.
- Levinson, D. (1994): *Ethnic Relations. A Cross-Cultural Encyclopedia*. Santa Bárbara: ABC-CLIO.
- Levy, D.M. (2002): *How the Dismal Science Got Its Name. Classical Economics and the Ur-Text of Racial Politics*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Levy, D.M. y S.J. Peart (2007): "The Negro Science of Exchange: Classical Economics and Its Chicago Revival". En Colander, D., R.E. Prasch and F.A. Sheth (eds.): *Race, Liberalism and Economics*. Ann Arbor: The University of Michigan Press, 56-84.
- List, F. (1909 [1841]): *The National System of Political Economy*. London: Longmans, Green and Co.
- Maccabelli, T. (2008): "Social Anthropology in Economic Literature at the End of the 19th Century. Eugenic and Racial Explanations of Inequality". *American Journal of Economics and Sociology* 67(3), 481-527.
- MacDonnell, J. (1871): *A Survey of Political Economy*. Edinburgh: Edmonston and Douglas.
- Malthus, T.R. (1836): *Principles of Political Economy. Considered with a View to Their Practical Application*. London: W. Pickering (2^a ed.).
- Marcet, J.H. (1851): *Rich and Poor*. London: Longman, Brown, Green, and Longmans.
- Marchionatti, R. (2012): "The Economists and the Primitive Societies. A Critique of Economic Imperialism". *The Journal of Socio-Economics* 41, 529-540.
- Martineau, H. (1834): *Illustrations of Political Economy (vol. IX)*. London: Charles Fox.
- Mason, A.B. y J.J. Lalor (1875): *The Primer of Political Economy*. Chicago: Jansen, McClurg & Company.
- McCulloch, J.R. (1824): *A Discourse on the Rise, Progress, Peculiar Objects, and Importance of Political Economy*. Edinburgh: Archibald Constable and Co. (Edinburgh), Hurst, Robinson, and Co. (London) and J. Robinson (Liverpool).
- (1825): *The Principles of Political Economy: With a Sketch of the Rise and Progress of the Science*. Edinburgh: William and Charles Tait, Longman and Co. London.
- (1864): *The Principles of Political Economy*. Edinburgh: Adam and Charles Black (5th Edition).
- McVickar, J. (1825): *Outlines of Political Economy*. New York: Wilder & Campbell.
- Meek, R.L. (2010 [1976]): *Social Science and the Ignoble Savage*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Merivale, H. (1837): *An Introductory Lecture on the Study of Political Economy*. London: Longman, Orme, Brown, Green, and Longmans.
- Mill, J.S. (1865 [1848]): *Principles of Political Economy (Vol. I)*. London: Longman, Green, Longman, Roberts & Green (sixth edition).
- (1871 [1848]): *Principles of Political Economy (Vol. II)*. London: Longmans, Green, Reader and Dyer (seventh edition).
- (1984 [1850]): "The Negro Question". En Mill, J.S.: *The Collected Works of John Stuart Mill. Volume XXI: Essays on Equality, Law, and Education*. Toronto & London: University of Toronto Press - Routledge & Kegan Paul, 87-95.
- Moloney, P. (2001): "Savagery and Civilization. Early Victorian Notions". *New Zealand Journal of History* 35(2), 153-176.
- Morgan, M. S. (1996): *The Character of "Rational Economic Man"*. London: London School of Economics & Political Science (Working Papers in Economic History, 34/96).
- (2006): "Economic Man as Model Man: Ideal Types, Idealization and Caricatures". *Journal of the History of Economic Thought* 28(1), 1-26.
- Morris-Reich, A. y D. Rupnow (2017): "Introduction". En Morris-Reich, A. y D. Rupnow (eds.): *Ideas of «Race» in the History of the Humanities*. Palgrave-MacMillan, 1-31.
- O'Flaherty, B. y J. S. Shapiro (2007): "Apes, Essences, and Races. What Natural Scientists Believed about Human Variation, 1700-1900". En Colander, D., R.E. Prasch and F.A. Sheth (eds.): *Race, Liberalism and Economics*. Ann Arbor: The University of Michigan Press, 21-55.
- Paul, D.B. y B. Day (2008): "John Stuart Mill, Innate Differences, and the Regulation of Reproduction". *Studies in History and Philosophy of Biological and Biomedical Sciences* 39, 222-231.
- Peart, S. J. y D.M. Levy (2005a): "Attitudes toward Race, Hierarchy and Transformation in the 19th Century". *History of Economic Thought* 47(2), 15-31.
- (2005b): *The 'Vanity of the Philosopher'. From Equality to Hierarchy in Post-Classical Economics*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- (2007): "'Not an Average Human Being'. How Economics Succumbed to Racial Accounts of Economic Man". En Colander, D., R.E. Prasch and F.A. Sheth (eds.): *Race, Liberalism and Economics*. Ann Arbor: The University of Michigan Press, 123-144.
- Perry, A.L. (1866): *Elements of Political Economy*. New York: Charles Scribner and Company.
- Phillips, W. (1828): *A Manual of Political Economy*. Boston: Hilliard, Gray, Little, and Wilkins.
- Potter, A. (1862): *Political Economy: Its Objects, Uses, and Principles*. New York: Harper & Brothers, Publishers.

- Putnam, O. (1834): *Tracts on Sundry Topics of Political Economy*. Boston: Russell, Odiorne, and Company.
- Rae, J. (1834): *Statement of Some New Principles on the Subject of Political Economy*. Boston: Hilliard, Gray and Co.
 – (1905 [1834]): *The Sociological Theory of Capital*. New York: The Macmillan Company.
- Raymond, D. (1820): *Thoughts on Political Economy*. Baltimore: Fielding Lucas, Jun^r.
- (1823): *The Elements of Political Economy (2 vols.)*. Baltimore: F. Lucas, Jun. and E.J. Coale.
- Read, S. (1829): *Political Economy*. Edinburgh: Oliver & Boyd; London: Simpkin & Marshall.
- Rogers, J.E.T. (1868): *A Manual of Political Economy for Schools and Colleges*. Oxford: Clarendon Press.
- Rooke, J. (1824): *An Inquiry into the Principles of National Wealth*. Edinburgh: A. Balfour and Co.
- Roscher, W. (1878): *Principles of Political Economy (2 vols.)*. Chicago: Callaghan and Company.
- Rossi, M.P. (1841): *Cours d'Économie Politique (I-II)*. Paris: Joubert et G. Thorel.
- Royer-De Behr, M. (1859): *Traité Élémentaire d'Économie Politique*. Bruxelles: Librairie Polytechnique d'Aug. Decq.
- Ruskin, J. (1872): *Munera Pulveris. Six Essays on the Elements of Political Economy*. London: Smith, Elder & Co.
 – (1907): *Unto this Last & Other Essays on Art and Political Economy*. London: J.M. Dent & Sons; New York: E.P. Dutton & Co.
- Say, J-B. (1971 [1803]): *A Treatise on Political Economy or the Production, Distribution and Consumption of Wealth*. New York: Augustus M. Kelley.
- Schmalz, M. (1826): *Économie Politique (I)*. Paris: Chez Arthus Bertrand.
- Scrope, G. P. (1833): *Principles of Political Economy*. London: Longman, Rees, Orme, Brown, Green & Longman.
- Senior, N.W. (1965 [1836]): *An Outline of the Science of Political Economy*. New York: A.M Kelly.
- Smedley, A y B.D. Smedley (2005): "Race as Biology is Fiction, Racism as a Social Problem is Real. Anthropological and Historical Perspectives on the Social Construction of Race". *American Psychologist* 60(1), 16-26.
- Smith, A. (1902 [1776]): *The Wealth of Nations (2 vols.)*. New York: P.F. Collier & Son.
- Svizzero, S. y C.A. Tisdell (2016): "Economic Evolution, Diversity of Societies and Stages of Economic Development: A Critique of Theories Applied to Hunters and Gatherers and Their Successors". *Cogent Economics & Finance* 4, 2-18.
- Thomson, R.E. (1895 [1875]): *Elements of Political Economy*. Chicago & New York: The Werner Company.
- Thompson, W. (1850): *An Inquiry into the Principles of the Distribution of Wealth Most Conducive to Human Happiness*. London: Wm. S. Orr and Co.
- Torrens, R. (1821): *An Essay on the Production of Wealth*. London: Longman, Hurst, Rees, Orme and Brown.
- Tucker, G. (1859): *Political Economy for the People*. Philadelphia: C. Sherman & Son.
- Vethake, H. (1838): *The Principles of Political Economy*. Philadelphia: P.H. Nicklin & T. Johnson.
- Walker, A. (1867): *The Science of Wealth: A Manual of Political Economy*. Boston: Little, Brown, and Company.
- Wayland, F. (1837): *The Elements of Political Economy*. New York: Leavitt, Lord & Company.
- Whately, R. (1831): *Introductory Lectures on Political Economy*. London: B. Fellowes.
 – (1853): *Easy Lessons on Money Matters; for the Use of Young People*. London: John W. Parker and Son.
 – (1861 [1854]): "On the Origin of Civilisation". En Whately, R. (1861): *Miscellaneous Lectures and Reviews*. London: Parker, Son, and Bourn, 26-59.
- Wilson, W.D. (1877): *First Principles of Political Economy With Reference to Statesmanship and the Progress of Civilization*. Philadelphia: Henry Carey Baird & Co.; Ithaca: Finch & Apgar.
- Zack, N. (2018): *Philosophy of Race. An Introduction*. Palgrave-MacMillan.
- Zlotnick, S. (2007): "Contextualizing David Levy's *How the Dismal Science Got Its Name*; or revisiting the Victorian Context of David Levy's History of Race and Economics". En Colander, D., R.E. Prasch and F.A. Sheth (eds.): *Race, Liberalism and Economics*. Ann Arbor: The University of Michigan Press, 85-99.